

LA CANONIZACIÓN DEL FUNDADOR DEL OPUS DEI La trayectoria del nuevo santo

Viene de la página anterior

cuarenta, de una denuncia de Falange ante el Tribunal de la Masonería. Sin embargo, el desembarco de opusdeístas en los gobiernos de Francisco Franco y escándalos como el caso Matesa influyeron en la opinión pública.

Todo esto enlaza con otros aspectos polémicos, como la relación de la Obra con el poder, sus cauces de financiación, las prácticas de afiliación ("la santa coacción"), el control de sus miembros, el secretismo o el culto a la personalidad.

Un asunto que también ha hecho verter mucha tinta es la acusación de misoginia contra el Fundador, calificada de ucrónica por sus defensores. La frase de "Camino" donde se indica "ellas no hace falta que sean

Habrá que superar fidelidades y prejuicios militantes antes de poner luz sobre la figura de Josemaría Escrivá

sabias: basta que sean discretas" se justifica por el entorno en el que creció. Recuerdan los hagiógrafos el consejo de la madre a un adolescente Escrivá de Balaguer: "Busca una chica, ni guapa que encante, ni fea que espante".

Es lógico que Escrivá y su Obra sean objeto de polémica. Las dos últimas obras publicadas, las de Ynfante y de Coverdale, no arrojan más luz sobre estos y otros aspectos de la vida de "El Padre". Habrá que superar fidelidades y prejuicios militantes antes de poner la verdadera luz sobre Josemaría Escrivá de Balaguer. ●

"Escrivá hizo miles de favores"

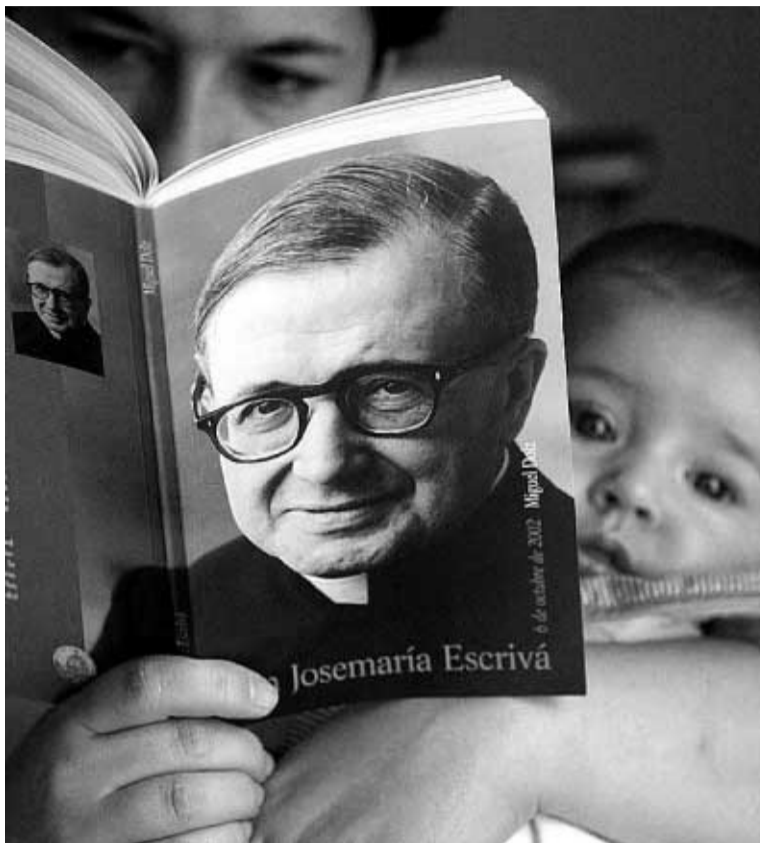
Flavio Capucci, postulador de la canonización, destaca la adhesión popular a la causa

ROGER JIMÉNEZ
Roma, Corresponsal

Lo más importante en el proceso de canonización del beato Josemaría Escrivá no son los milagros en forma de curaciones extraordinarias, sino los miles de favores (más de 125.000) atribuidos a su intercesión durante estos años. Así lo subraya Flavio Capucci, sacerdote del Opus Dei y postulador de la causa de canonización del fundador, en la que ha trabajado durante los últimos 25 años.

"El beato Josemaría no era milagrero, repetía con insistencia que la providencia ordinaria es la que marca la vida del hombre, y lo decía pensando en la formación de sus hijos", precisa en declaraciones a "La Vanguardia". "No quería que fueran providencialistas —explica— o que vivieran suspendidos en el aire pidiendo a Dios ayuda sin poner los medios humanos. Pero esto no entra en contradicción con la causa de su canonización, en torno a la que se ha movido un fenómeno de adhesión popular que va mucho más allá de la Prelatura. Esos milagros son una manifestación tangible del mensaje que envía la Iglesia a los hombres, de la cercanía de Dios a sus necesidades. Pero no estamos cambiando el mensaje del nuevo santo."

Además del milagro aprobado por la Congregación de la Causa de los Santos para la canonización del beato Josemaría —la curación de radiodermatitis crónica incurable del médico español Manuel Nevado Rey—, existe documenta-



LECTURA. Una mujer lee un libro sobre el nuevo santo mientras sujeta a su bebé, ayer en Pontevedra

ción acerca de 48 curaciones insólitas de personas que se pusieron bajo su intercesión, de las que sólo dos se refieren a miembros del Opus Dei. Son curaciones —dice el postulador— que no se explican desde el punto de vista científico. Veinte ocurrieron en el periodo transcurrido desde la muerte de Josemaría Escrivá (26 de ju-

nio de 1975) hasta su beatificación (17 de mayo de 1992). Las restantes se produjeron a partir del mismo día de la beatificación hasta la actualidad, y todas ellas han sido recogidas en un libro titulado "Un mundo di miracoli".

Flavio Capucci responde a las críticas vertidas sobre la rapidez de la canonización y señala que se trata de la primera causa abierta y concluida bajo la reforma introducida en 1983 por Juan Pablo II, que agilizó mucho los procedimientos en este tipo de procesos y permitirá que otras causas culminen en un plazo de tiempo más breve.

Como ejemplos de otras causas más rápidas cita la del padre Pio de Pietrelcina, que ha durado 19 años (la de Josemaría Escrivá ha durado 21); la del español de etnia gitana Ceferino Giménez Malla, conocido como "el Pelé", quien fue beatificado sólo cuatro años después del inicio del proceso (1994-1997); el matrimonio italiano Beltrami Quattrocchi, siete años después (1994-2001), y Carlos Manuel Rodríguez, primer puertorriqueño que llega a los altares, tras nueve años (1992-2001).

Y añade: "Además de otros numerosos casos que se podrían citar, ahí está el proceso de la madre Teresa de Calcuta. Dos años después de su muerte ya había concluido la fase diocesana, y esperamos verla pronto en los altares. En el actual pontificado las canonizaciones más rápidas se han producido seis años después de la beatificación, mientras que en la causa del beato Escrivá el intervalo ha sido de diez años". ●

Un santo que amaba al mundo

JAVIER ECHEVARRÍA

Grandes de todas las procedencias han querido acudir a Roma, junto a Juan Pablo II, para asistir a la canonización de Josemaría Escrivá de Balaguer. Confieso que estoy conmovido. He oído estas semanas muchas historias de generosidad, de servicio, de ayuda en la enfermedad y en la pobreza: de indios de Cañete (Perú), campesinos venidos de Nigeria y Camerún, familias no cristianas de Hong Kong; personas de todo tipo y de todas partes, que se han sentido personalmente convocadas en Roma. Su número y su variedad —como la de quienes no han podido venir— muestran que este modelo de santidad, que el Papa ha decidido ahora proclamar solemnemente, es hoy algo vivo, actuante; es uno de los dones que el Espíritu ha concedido a la Iglesia en nuestro tiempo.

Conocí a san Josemaría Escrivá el 2 de noviembre de 1948, en Madrid. Tenía yo dieciséis años. Estábamos en una tertulia familiar y nos ofreció la posibilidad, a mí y a otros dos, de acompañarle en automóvil a ver una casa de convivencias y de retiros en fase de acondicionamiento, cerca de Segovia. Durante el trayecto, con una conversación muy amena y alegre, nos hizo ver la necesidad de afrontar la vida con gozo sincero, porque somos hijos de Dios. Quedé sorprendido por su naturalidad, alegría y entusiasmo. En cierto momento me mareé, y me ayudó como si me conociera desde hacía mucho tiempo, como un padre que no siente repugnancia por lo que sucede a sus hijos. Luego Dios quiso que viviera y trabajara a su lado durante veinticinco años, desde 1950 hasta su fallecimiento en 1975. Agradezco al Cielo este gran regalo. He contemplado en su vida diaria que el encuentro con Dios llena el alma de gozo. Desde el primer momento noté que amaba a Dios de veras, en cada instante, sin esperar ocasiones especiales. Me

sorprendía el enamoramiento creciente con que encaraba cada jornada. Veía en sus reacciones —no faltó en su vida abundancia de dolor, enfermedad, incompreensión— cómo descubría en todos los instantes la misericordia de Dios. Pienso que el Señor ha querido valerse de san Josemaría para recordar con nuevo énfasis al mundo esta verdad tan consoladora de la fe cristiana: que Dios es nuestro Padre. Esa convicción, que esponja el alma y la lleva por caminos de paz y de libertad interior, constituía el fundamento de su jornada, minuto a minuto. Buscaba, por eso, a veces con esfuerzo, un trato lleno de ternura con el Señor, directo, sencillo. Este concepto tan claro y reconfortante está en las antípodas de la falsa idea —hoy, como ayer, frecuente— de un Dios abstracto y distante. Alimentaba unas ansias constantes de que todas las personas pudieran experimentar libremente la alegría del abrazo paterno de Dios, en la fe cristiana y muy particularmente en el sacramento del perdón. Semanalmente le veía ir a arrodillarse ante su confesor, don Álvaro del Portillo, lleno de compunción.

Me pidieron, para el inicio de este año, una ponencia para el congreso internacional sobre "La grandeza de la vida corriente", que se celebró en Roma el pasado mes de enero, con ocasión del centenario del nacimiento del entonces beato Josemaría. Decidí centrarla en "su perfil humano y sobrenatural". Su fuerte personalidad caracterizaba notablemente la convivencia a su lado. Sobre su temperamento despierto, sin duda sus padres habían cultivado una mentalidad abierta y realista. Como curiosidad, recuerdo que alguna vez nos había contado a don Álvaro y a mí como, siendo muy niño, se entretenía en su casa de Barbastro mirando "La Vanguardia" y el "ABC", diarios a los que su padre, don José Escrivá, antes de su descalabro económico, estaba suscrito. Desde el 2 de octubre de 1928, con la fundación del Opus Dei, el Señor le hizo ver lo que ya fue el sentido completo de su existencia, difundir por todo el mundo la llamada a la san-

idad en la vida ordinaria; y ese mensaje pasó a ser una luz importante de Dios para él y para su apostolado. Santa Teresa escribió que Dios se halla también entre los pucheros. San Josemaría, que quería mucho a esta santa, llegó a hablar de un "materialismo cristiano": Dios no está lejos, no se encuentra sólo allá "donde brillan las estrellas", lo encontramos también en nuestra vida ordinaria, familiar, profesional, ciudadana, diaria, si lo buscamos. Para este santo sacerdote, el cristianismo no es un cúmulo de obligaciones que se añaden a la común condición humana y que la oprimen. No. La gracia de Dios sana, restaura y eleva la naturaleza.

Cuando en estos días romanos de su canonización contemplo una variedad tan gran-

"AMABA LA CAPACIDAD de cada uno a comprometerse y respetaba la espontaneidad de todos, que veía siempre como una fuente de bienes"

de de hombres y mujeres, comprendo la extraordinaria eficacia de su confianza en la libertad de las personas. Su mayor ambición era iluminar con la luz de Dios, del Evangelio, de su gracia salvadora, a cada persona humana. Ahí centraba su misión. Amaba la capacidad de cada conciencia para comprometerse, para realizar de esta forma la propia libertad, y tenía un gran respeto por la espontaneidad de todos, que veía siempre como una fuente de bienes.

He pasado muchas horas de mi vida a su lado y puedo asegurar que no sólo respetaba sino que amaba el pluralismo en tantas manifestaciones —la mayoría— en las que las discrepancias son perfectamente legítimas entre los cristianos. Y deseaba para todos ese mismo sentimiento, porque esa com-

presión acerca a los hombres entre sí.

Su respeto a la legítima autonomía de las realidades temporales hundía sus raíces en la entrega que había hecho de toda su existencia a la misión de ser un sacerdote y sólo un sacerdote, de ponerse siempre al servicio permanente de todas las personas. A partir de su ordenación sacerdotal, fue consciente de su obligación de hacer presente a Cristo entre los hombres. Particularmente cuando celebraba la Eucaristía se sabía Cristo. Resultaba imposible acostumbrarse a acompañarle junto al altar. Se tocaba con las manos que cada día la Misa era algo distinto para su alma: un momento de trato inmediato, intenso, amorosísimo con la Trinidad. Entregaba a diario, libremente, toda su personalidad para ser sólo Cristo en la Cruz, con los brazos abiertos a todos los hombres, enteramente disponible. No hablaba de política y respetaba cuidadosamente todas las sensibilidades. Con frecuencia repetía que él era un sacerdote "anticlerical", precisamente por su amor al sacerdocio, porque rechazaba toda injerencia indebida —subrayo lo de "indebida"— del sacerdote en las cuestiones políticas. Defendía así la legítima autonomía de los asuntos temporales, pero también la excelsa misión del sacerdote: dispensador de la extraordinaria cercanía de Dios a cada hombre y a cada mujer.

En estos días, ante el panorama de tantas personas de las más diversas procedencias, no puedo menos que dar gracias a Dios por la fecundidad espiritual de este sacerdote santo. Es un don que nos interpela, que nos recuerda una vez más que la santidad no es cosa para privilegiados, sino que Jesús de todos espera amor: "De todos —son palabras de san Josemaría—, cualesquiera que sean sus condiciones personales, su posición social, su profesión u oficio. La vida corriente y ordinaria no es cosa de poco valor: todos los caminos de la tierra pueden ser ocasión de un encuentro con Cristo, que nos llama a identificarnos con Él, para realizar —en el lugar donde estamos— su misión divina" (Es Cristo que pasa, 110).